

## Con los puños cerrados, gastan dinero en armas mientras el planeta arde | Boletín 18 (2022)



Dia Al-Azzawi (Irak), *Sabra and Shatila Massacre* ('Masacre de Sabra y Shatila'), 1982-83.

Queridos amigos y amigas,

Saludos desde las oficinas del **Instituto Tricontinental de Investigación Social**.

El mes pasado se publicaron dos importantes informes, ninguno de los cuales recibió la atención que merece. El 4 de abril se publicó el **Tercer Informe** del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés), que provocó una fuerte reacción del Secretario General de las Naciones Unidas, António Guterres. El informe, **dijo**, «es una letanía de promesas climáticas incumplidas. Es un registro de la vergüenza, que cataloga las promesas huecas que nos encaminan con paso firme hacia un mundo inhabitable». En la COP26, los países desarrollados se **comprometieron** a destinar unos modestos 100.000 millones de dólares al Fondo de Adaptación para ayudar a los países en desarrollo a adaptarse al cambio climático. Mientras tanto, el 25 de abril, el Instituto Internacional de Estocolmo para la Investigación de la Paz (SIPRI, por sus siglas en inglés) publicó su **informe** anual, en el que se constata que el gasto militar mundial superó los 2 billones de dólares en 2021, la primera vez que sobrepasa la marca de los 2 billones. Los cinco mayores gastadores —Estados Unidos, China, India, Reino Unido y Rusia— representaron el 62% de esta cantidad; EE. UU., por sí solo, representa el 40% del gasto total en armas.

Hay un flujo interminable de dinero para armas, pero una miseria para evitar el desastre planetario.



Shahidul Alam/Drik/Majority World (Bangladesh). La resiliencia del pueblo bangladeshí es notable. Mientras esta mujer vadeaba las aguas de la inundación en Kamalapur para llegar al trabajo, el estudio fotográfico «Dreamland Photographers» estaba abierto al público, 1988.

La palabra «desastre» no es una exageración. El Secretario General de la ONU, Guterres, ha advertido que «Vamos hacia el desastre climático por la vía rápida (...) Es hora de que dejemos de quemar nuestro planeta». Estas palabras se basan en los hechos contenidos en el Tercer Informe. Ahora está firmemente establecido en el registro científico que la responsabilidad histórica de la devastación hecha a nuestro medio ambiente y nuestro clima recae en los Estados más poderosos, encabezados por Estados Unidos. No hay mucho debate sobre esta responsabilidad en el pasado lejano, consecuencia de la despiadada guerra contra la naturaleza llevada a cabo por las fuerzas del capitalismo y el colonialismo.

Pero esta responsabilidad también se extiende a nuestra presente época. El 1 de abril se **publicó** un nuevo estudio en la revista *The Lancet Planetary Health* en el que se demuestra que, entre 1970 y 2017, «las naciones de altos ingresos son responsables del 74% del uso de material sobrante a nivel mundial, impulsado principalmente por Estados Unidos (27%) y los países de altos ingresos de la UE-28 (25%)». El uso de material sobrante en los países del Atlántico Norte se debe al uso de recursos abióticos (combustibles fósiles, metales y minerales no metálicos). China es responsable del 15% del exceso de uso de materiales a nivel mundial y el resto del Sur Global es responsable sólo del 8%. El exceso de uso en estos países de renta baja se

realiza en gran medida con recursos bióticos (biomasa). Esta distinción entre recursos abióticos y bióticos nos muestra que el exceso de uso de recursos del Sur Global es en gran parte renovable, mientras que el de los Estados del Atlántico Norte es no renovable.

Una intervención de este tipo debería haber aparecido en las portadas de los periódicos del mundo, especialmente en el Sur Global, y sus resultados deberían haber sido ampliamente debatidos en los canales de televisión. Pero apenas se ha comentado. Demuestra de forma contundente que los países de altos ingresos del Atlántico Norte están destruyendo el planeta, que deben cambiar su forma de actuar y que deben contribuir a los distintos fondos de adaptación y mitigación para ayudar a los países que no están creando el problema, pero que están sufriendo su impacto.

Una vez presentados los datos, los académicos que redactaron este documento señalan que «las naciones de altos ingresos son las principales responsables del deterioro ecológico global y, por tanto, tienen una deuda ecológica con el resto del mundo. Estos países deben tomar la iniciativa de reducir radicalmente el uso de sus recursos para evitar una mayor degradación, lo que probablemente requerirá enfoques transformadores de postrecimiento y decrecimiento». Estas son ideas interesantes: «reducciones radicales en el uso de recursos» y luego «enfoques de postrecimiento y decrecimiento».



Simon Gende (Papua Nueva Guinea), *The US Army Find Osama bin Laden Hiding in a House and Kill Him* ('El ejército de EE. UU. encuentra a Osama bin Laden escondido en una casa y lo mata'), 2013.

Los Estados del Atlántico Norte —encabezados por Estados Unidos— son los que más gastan la riqueza social en armas. El Pentágono —las fuerzas armadas estadounidenses— «sigue siendo el mayor consumidor de petróleo», según un **estudio** de la Universidad de Brown, «y, en consecuencia, uno de los principales emisores de gases de efecto invernadero del mundo». Para que EE. UU. y sus aliados firmaran el Protocolo de Kioto en 1997, los Estados miembros de la ONU tuvieron que **permitir** que las emisiones de gases de efecto invernadero del ejército quedaran excluidas de los informes nacionales sobre emisiones.

La obscenidad de estos asuntos puede exponerse claramente mediante la comparación de dos valores monetarios. En primer lugar, en 2019, las Naciones Unidas **calcularon** que el déficit de financiación anual para alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) ascendía a 2,5 billones de dólares. Destinar los 2 billones de dólares anuales del gasto militar mundial a los ODS supondría un gran avance para hacer frente a los principales ataques a la dignidad humana: el hambre, el analfabetismo, la falta de vivienda, la falta de atención médica, etc. Es importante señalar aquí que la cifra de 2 billones de dólares del SIPRI no incluye el despilfarro de por vida de la riqueza social otorgada a los fabricantes privados de armas para los sistemas de armamento. Por ejemplo, se prevé que el sistema de armas F-35 de Lockheed Martin **cueste** casi 2 billones de dólares.

En 2021, el mundo gastó más de 2 billones de dólares en guerras, pero solo **invirtió** —y es un cálculo generoso— 750.000 millones de dólares en energía limpia y eficiencia energética. La **inversión total** en infraestructura energéticas en 2021 fue de 1,9 billones de dólares, pero la mayor parte de esa inversión se destinó a los combustibles fósiles (petróleo, gas natural y carbón). Es decir, las inversiones en combustibles fósiles continúan y las inversiones en armas aumentan, mientras que las inversiones para la transición a nuevas formas de energía más limpia siguen siendo insuficientes.



Aline Amaru (Tahiti), *La Famille Pomare* ('La familia Pomare'), 1991.

El 28 de abril, el presidente de Estados Unidos, Joe Biden, **solicitó** al Congreso que proporcionara 33.000 millones de dólares para el envío de sistemas de armamento a Ucrania. La petición de estos fondos se produce junto a las incendiarias declaraciones del secretario de Defensa, Lloyd Austin, quien **afirmó** que EE. UU. no intenta eliminar las fuerzas rusas de Ucrania, sino «ver a Rusia debilitada». El comentario de Austin no debería ser una sorpresa. Refleja la **política** de Estados Unidos desde 2018, que ha consistido en evitar que China y Rusia se **conviertan** en «rivales cercanos». Los derechos humanos no son la preocupación; el objetivo es evitar cualquier desafío a la hegemonía de EEUU. Por esa razón, la riqueza social se desperdicia en armas y no se utiliza para abordar los dilemas de la humanidad.



Prueba atómica Shot Baker en el marco de la Operación Crossroads, Atolón de Bikini (Islas Marshall), 1946.

Fijémonos en la forma en que Estados Unidos ha reaccionado a un **acuerdo** entre las Islas Salomón y China, dos países vecinos. El Primer Ministro de las Islas Salomón, Manasseh Sogavare, **dijo** que este acuerdo busca promover el comercio y la cooperación humanitaria, no la militarización del Océano Pacífico. El mismo día

del discurso del primer ministro Sogavare, una delegación estadounidense de alto nivel llegó a la capital del país, Honiara. Le **dijeron** al primer ministro Sogavare que si los chinos establecían cualquier tipo de «instalación militar», Estados Unidos «tendría importantes preocupaciones y respondería en consecuencia». Eran simples amenazas. Unos días más tarde, el portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores chino, Wang Wenbin, **declaró**: «Los países insulares del Pacífico Sur son Estados independientes y soberanos, no un patio trasero de Estados Unidos o Australia. Su intento de revivir la Doctrina Monroe en la región del Pacífico Sur no obtendrá ningún apoyo y no llevará a ninguna parte».

Las Islas Salomón tienen en su memoria la historia del colonialismo australiano-británico y las cicatrices de las pruebas de la bomba atómica. La práctica del «blackbirding» secuestró a miles de salomonenses para trabajar en los campos de caña de azúcar de Queensland (Australia) en el siglo XIX, lo que acabó provocando la rebelión de Kwaio de 1927 en Malaita. Las Islas Salomón han luchado mucho contra la militarización, **votando** en 2016 con el mundo para prohibir las armas nucleares. El deseo de ser el «patio trasero» de Estados Unidos o Australia no existe. Eso quedó claro en el luminoso poema «Señales de paz» (1974) del escritor de las Islas Salomón Celestine Kulagoe:

Un hongo brota de  
un árido atolón del Pacífico  
Se desintegra en el espacio  
Dejando solo un residuo de poder  
al que por una ilusoria  
paz y seguridad  
el hombre se aferra.

En la calma de la madrugada  
el tercer día después  
el amor encontró la alegría  
en la tumba vacía  
la cruz de madera de la desgracia  
se transformó en un símbolo  
del servicio del amor  
la paz.

En el calor de la pausa de la tarde  
la bandera de la ONU flamea  
oculta a la vista por  
las banderas nacionales  
bajo las cuales  
se sientan hombres con los puños cerrados  
firmando  
tratados de paz.

Cordialmente,

Vijay

